

Día de Boda

Bastian

Tres semanas más tarde.

He pasado los últimos veinte minutos viendo mi reflejo en el espejo que se encuentra colgado en una de las paredes de la pequeña estancia en la que estoy retenido, por más que me concentro no logro reconocer a la persona que me regresa la mirada ceñudo. Las manos me sudan, y aunque en un principio lograba contenerme, ya he empezado a tallarlas contra la tela del pantalón. Vuelvo a intentar aflojar un poco el cuello de la camisa, tiro de la pajarita pues no consigo absorber el suficiente aire como para tranquilizarme. Intenté ponerme los gemelos en las mangas pero me temblaban demasiado los dedos por lo que dejé de forcejear con ellos y ahora los he perdido.

—Tío, lamento ser yo quien te lo diga pero te ves fatal. —Comenta un sonriente Elijah a mi espalda.

—Gracias.

—Hermano, ¿estás bien? Te estás poniendo un poco verde.

—Estaré bien cuando todo esto termine y pueda salir de aquí.

—No quisiera ser portador de más malas noticias pero... —duda un poco—. Bueno, sabes que es para siempre, ¿verdad?

Gimoteo como perro viejo, me limpio el sudor de la frente con la mano y de nuevo la tallo contra la suave tela del carísimo traje, una verdadera lástima ya que quedará inservible si sigo sudando tanto. Elijah me da unas palmaditas de apoyo en el hombro y se acomoda tranquilamente en el sofá que tengo a un costado. En cuanto se sienta vuelve a levantarse haciendo una mueca, pasa la mano sobre la superficie del asiento y encuentra uno de mis gemelos, lo observa con una ceja arqueada para después pasar su mirada a mí, de inmediato se pone a buscar la pareja y cuando tiene ambos se acerca para ayudarme a colocarlos.

—Elijah, no puedo hacerlo. —Confieso con voz estrangulada.

Varias emociones cruzan por el rostro de mi amigo; la duda, la sorpresa, el desconcierto, la reprobación y por último el entendimiento. Sigue con su labor de colocarme los gemelos en las mangas de la camisa, por unos segundos no dice absolutamente nada, ni siquiera me observa, se concentra en la labor de dejarme cien por ciento presentable. Estoy por repetir lo que he dicho por si es que no me ha oído, algo imposible ya que estamos frente el uno del otro, pero entonces toma la palabra.

—No debiste permitir que todo esto llegara tan lejos. Hombre, el lugar ya está lleno, ¿sabes lo que la gente dirá?, ¿lo que Agnes hará?, o peor, tu madre.

Trago saliva audiblemente, no porque tenga miedo de mi madre, Agnes o por que me importen los cotilleos de la gente, sino porque tiene razón, nunca debí haber permitido que todo el asunto avanzara tanto. Aunque, para ser del todo sinceros, creí que esta vez si podría llegar hasta el final, que ingenuo fui creyendo que obtendría un resultado diferente ante un mismo problema de una idéntica situación. Pobre iluso.

Probablemente Elijah ve reflejado en mi rostro el gran desasosiego que experimento en el pequeño segundo cuando el peso de todo lo que estoy por hacer cae sobre mí porque apenas si tiene tiempo de terminar esa frase cuando inmediatamente después con una mirada que no logro entender añade.

—Mi auto está afuera. —Sostiene las llaves frente a mi nariz—. Hablaré con tu madre y saldré pitando de aquí. Que el cielo nos agarre confesados que esto arderá en... —consulta su reloj— más o menos siete minutos y veintiocho segundos.

Sintiendo que puedo volver a respirar tomo las llaves rápidamente para no darle tiempo de que retire la oferta, pongo mi mano sobre su hombro e involuntariamente los labios se me curvan hacia arriba.

—Gracias, socio. Sabía que salvarte el pellejo cuando pequeños me serviría de algo.

Hace un gesto grosero con las manos seguido de un elocuente movimiento señalando la puerta y sin pensármelo dos veces abandono el lugar.

De momento no quiero detenerme a pensar en las consecuencias de mis acciones, en todo lo que acarrearé este pequeño acto de rebeldía, en lo que estoy dejando atrás al huir de una de las más prestigiosas capillas del país. Detengo el auto a un lado de la carretera, recargo la cabeza en el respaldo del asiento un momento pues un nuevo sentimiento me ha bañado por completo; la culpa. Agnes. Estoy tentado a regresar pero sé que si lo hago no podré salir de ahí, no quiero lastimarla aunque algo que he aprendido bien desde los seis años a sido supervivencia y escaparme así el día de mi boda no es otra cosa que mi instinto tomando las decisiones por mí.

Bajo la ventanilla del auto, necesito aclararme la cabeza antes de hacer nada más, aunque no es un día particularmente frío ha empezado a caer una suave llovizna trayendo consigo unas refrescantes ráfagas de viento. Quizás debería explicarle las cosas a Agnes, cómo me siento... pero el sonido del móvil me saca de mis cavilaciones, no es necesario que lo revise para saber quien llama.

—¿Madre?

—¿En qué diablos estás pensando?! Regresa inmediatamente, no puedes hacerme esto, ni a Agnes. ¿Sabes lo que dirán los encabezados de mañana?, ¿tienes idea de cómo todo esto afectará a la empresa?

Sigo oyendo la diatriba que mi madre va sacando sin escucharla realmente, me la he aprendido de memoria ya que la ha repetido unas seiscientas o setecientas veces en los últimos cuatro años.

—Madre, te amo y si tú me amaras también pensarías en que mi felicidad es primero ante cualquier cosa, por lo que vamos a dejarlo hasta aquí, puedes decirle a la prensa lo que quieras, que me dio un ataque, que he sido secuestrado, que me volví homosexual, no me importa, pero no pienso regresar para pasar mi vida quejándome de una relación que nunca debió ser.

—Pero a ti te gusta Agnes, se llevan muy bien, son la pareja ideal.

—No madre, no lo somos. Follábamos muy bien, pero de ahí en fuera no había nada más.

—¡Bastian! —Exclama mi madre escandalizada.

—Esa es la verdad, madre. Estoy seguro que Agnes se siente tan aliviada como yo de que las cosas hayan sido así. ¿No prefieres que encuentre el amor a tener que verme forzado a casarme por bienes materiales?

—Prefiero que te hagas cargo de tus responsabilidades, así que ya te veo regresando ahora mismo.

—No lo haré, dile a Agnes que lo siento mucho.

—¡Bastian!

—Madre, terminaré esta llamada ahora, nos veremos en unos días.

—Bastian, no te atrevas...

Arrojo el móvil al asiento del copiloto, pues sé que continuará durante un buen rato y no me equivoco, inmediatamente vuelve a sonar y no se detiene, en una luz en rojo lo tomo y encierro en la guantera del auto. Me pongo en movimiento y sin ser consciente de ha donde me dirijo termino aparcando en la orilla del Támesis, en aquel lugar donde vi a esa chica, esa chica que no me he podido sacar de la cabeza. Bajo del auto caminando hacia la plataforma donde se encontraba sentada y una vez más me pongo a imaginar que será de su vida, que estará haciendo, con quien se encontrará... Entiendo porque eligió este lugar, unos cuantos minutos aquí y mi mente se ha serenado. Me pongo en movimiento una vez más, aparco cerca de la estación King's Cross pero la paso de largo, tomo un tren en St. Pancras dirigiéndome al sur. Y es ahí donde paso los siguientes cinco días, sin encender el televisor, la radio o indagar en internet, sin comprar el diario o escuchar los cotilleos de los transeúntes, sin móvil ni forma alguna en que alguien me contacte y cuando visito el corazón del distrito evitando hacer contacto visual. Simplemente evadiéndome una vez más de la realidad.